

La otra Grecia

*Viaje a Salónica, Macedonia
y los Balcanes del sur*

MARTA MONEDERO



LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones



MARTA MONEDERO

BARCELONA, 1967

Periodista, viajera y amante de la literatura de viajes. Ha publicado más de siete mil artículos sobre temas culturales y de política internacional, la mayoría de ellos en el diario *Avui* (desde 2011, *El Punt Avui*).

Como escritora obtuvo en el 2004 el premio *El País-Aguilar* al mejor relato de viajes por *100% Rocinha*. También es autora del libro sobre la Antártida *Donde nacen los sueños* (Bròsquil Ediciones, 2008), distinguido con el Premio Internacional de Literatura de Viajes Ciudad de Benicàssim. Su bibliografía incluye los títulos *Busquem actors i actrius per a una sèrie de televisió* (L'Esfera dels Llibres, 2006) y *El sueño de Barcelona. ¿Una ciudad para vivir o para ver?* (Editorial UOC, 2015). *La otra Grecia*, que ahora ve la luz, responde a las inquietudes de la autora por esta zona de Europa que ha visitado en diferentes ocasiones.



La otra Grecia

Viaje a Salónica, Macedonia
y los Balcanes del sur

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Título de esta edición: *La otra Grecia.*
Viaje a Salónica, Macedonia y los Balcanes del sur

Primera edición en LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones:
octubre de 2019
© de esta edición: LA LÍNEA DEL HORIZONTE Ediciones
www.lalineadelhorizonte.com | info@lalineadelhorizonte.com

© del texto: Marta Monedero Ribas
© del mapa: Eduardo Bustillo para Geocyl Consultoría

© de la maquetación y el diseño gráfico:
Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico
© de la maquetación y versión digital: Valentín Pérez Venzalá

Depósito Legal: M-29146-2019 | ISBN: 978-84-17594-40-4 | IBIC: WTL, 1DVG
Imprime: Estugraf | Impreso en España | Printed in Spain

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

LA OTRA GRECIA

VIAJE A SALÓNICA, MACEDONIA
Y LOS BALKANES DEL SUR

-

**MARTA
MONEDERO**

-

COLECCIÓN
FUERA DE SÍ. CONTEMPORÁNEOS
Nº15

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

ÍNDICE

FURIA BALCÁNICA	(15)
SEFARDÍES	(19)
HIJOS DE ALEJANDRO	(31)
A LA ROMANA	(37)
EL CÓNSUL KOROMILÁ	(43)
LA CAPITAL MÁS FEA DEL MUNDO	(49)
EL LAGO MILENARIO	(57)
LA CAPITAL DE LOS CÓNSULES	(63)
EL NOROESTE GRIEGO	(67)
LA COSTA ALBANESA	(73)
BERAT	(81)
TIRANA	(91)
KORÇË	(97)
MODIANO	(101)
EL PAÍS DE LA TRAGEDIA	(119)
MONTE OLIMPO	(131)
MONASTERIOS EN EL AIRE	(133)
EL LEGADO OTOMANO	(139)
LOCOS POR BIZANCIO	(147)
LEVANTINOS	(155)
EL MONTE SANTO DESDE EL MAR	(161)
BODA EN EGINA	(169)
BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA	(179)
AGRADECIMIENTOS	(181)

Hay ciudades enteras que son mías
porque las he amado.

JAN MORRIS

FURIA Balcánica

¿No se te habrá ocurrido pagar?, me preguntó aquella sesentona de larga melena oxidada y nariz ganchuda que daba más miedo que las tres brujas de *Macbeth* juntas. Esto son los Balcanes, y la próxima vez... No acabó la frase, pero se recorrió el cuello surcado de arrugas con el pulgar, cual mafiosa de medio pelo, y no me quedó otra que aceptar su imposición con la vista baja. Llevaba noventa y seis horas en Salónica y ya había podido comprobar que, en el norte de Grecia, las cosas casi nunca son como parecen. Aunque todavía ignoraba hasta qué punto.

Cuatro días antes, un taxi me había dejado delante de un edificio del centro, donde me esperaba una desconocida con un purito entre los dedos como los que fumaba mi abuelo. De un anterior viaje al sur del país, yo sabía que las griegas eran de armas tomar. Y Miranda no iba a defraudarme. Su físico, sin embargo, no era del todo griego: pelo castaño claro, ojos de un azul en el que cabían varios mundos, un montón de pecas —tenía más que yo, que ya era tener— y gruesas cejas danzarinas. A pesar de que había aterrizado con dolor de tripas, procuré ponerle buena cara cuando me lanzó dos besos al aire y me dio cinco minutos para subir a su casa, dejar la maleta y asearme. Te espero abajo, dijo, damos una vuelta en moto y así te haces una primera idea de cómo es Salónica. En condiciones normales, su propuesta me hubiese parecido genial. Pero aquella tarde notaba cómo mi cara iba empalideciendo al ir de paquete en una *scooter* que castañeteaba de lo lindo al trepar por las calles adoquinadas de la Ano Polis, la ciudad alta. Circudamos las murallas, desmoronadizas y almenadas, y el antiguo presidio, al que Miranda echó un vistazo de refilón, sin detenerse. Tampoco se detuvo para sacar del bolso el móvil que no dejaba

de sonar y hablar a grito pelado con Alex, nuestro amigo común de Atenas. ¿Para qué, si podía hacerlo en marcha? Conducir en Grecia se aventuraba un deporte de riesgo.

El castaño estridente de la *scooter* descendía desbocado hacia la terraza de una taberna esquinada, con Alex y su enorme maletón como únicos clientes. Pasaban de las seis y se estaba zampando unos *mezedes* (aperitivos) y *souvlaki* de pollo. Pronto me amoldaría a la constante improvisación de los griegos, enemigos de las normas, los planes y los horarios.

—¿Alex, qué llevas ahí? —le pregunté a modo de saludo ante la presencia del enorme maletón. Ni que fuésemos a recorrer la Ruta de la Seda. Había viajado antes con él y sabía que no era ligero de equipaje, pero en aquella ocasión se había superado—. ¡Pareces la reina de Inglaterra!

—*Darling*, yo soy mucho más importante que la reina de Inglaterra —aseguró, imitando a la monarca a la perfección. Por su acento, parecía más británico que griego.

Miranda no probó bocado. Encadenó un purito tras otro y bebió por los tres mientras Alex rebañaba el plato de *souvlaki* e iba traduciendo las frases de su amiga al inglés. Hablaba también griego, turco, francés, árabe, español, hebreo y persa, estos dos últimos aprendidos de forma autodidacta. Le contó a Miranda que nos habíamos conocido seis años atrás en Lalibela durante el Timkat, la fiesta etíope de la Epifanía, y averigüé que su amistad había surgido tan solo unos meses antes en Gökçeada, una isla barrigona plantada en el estrecho de los Dardanelos, ideal para los amantes del surf, y que los griegos tenían por costumbre seguir llamando Imbros a pesar de haberla perdido hacía más de un siglo en favor de los turcos. En aquel rincón del Egeo, Alex regentaba un hotel

a medias con su socio, pero la mayor parte del año vivía en el barrio estambulita de Beyoglu, una de esas plazas de fortuna donde todos los mundos se cruzan. Yo había estado varias veces en su casa, disponía de una biblioteca casi idéntica a la mía y de unas vistas al azul hipnótico del Bósforo. Con aquel patrimonio, icómo no íbamos a congeniar!

Culto y encantador, Alex era el anfitrión ideal. Tenía un ingenioso sentido del humor, estaba siempre dispuesto a la charla, y me introdujo en su círculo de amistades griegas encabezado por Olga, una pintora de cabellera azabache que lo observaba todo con ojos de cierva y Harry, un ocurrente abogado de quien al principio me costó cazar sus bromas al vuelo por culpa de mi inglés aprendido a trompicones. Aquella fraternidad de expatriados que me revelaron cómo era la cara oculta de Estambul tenían como punto de reunión el piso de Alex, autor de un par de libros sobre la ciudad a la que a menudo llamaban Constantinopla. Porque para cualquier griego, la gran capital siempre ha sido Constantinopla.

Miranda aspiró la última bocanada de uno de sus puritos y, con su voz ronca de Melina Mercouri, sentenció que ella, y por ende nosotros, nos íbamos a casa. Que se estaba haciendo tarde y que ya no salía de noche. Lo dijo tan decidida que cualquiera le llevaba la contraria. Se levantó y la obedecimos sin rechistar.

LA CAPITAL MÁS FEA DEL MUNDO

Alexy y yo éramos los únicos que íbamos hablando en el minibus a Skopje, olía a sobaco, hasta que se apeó una chica con pantalón largo bajo la falda y nos lanzó un inesperado adiós en español. Al cabo de unas horas vacías, entramos en la capital macedonia. País pequeño entre gigantes, tan fragmentado que los franceses lo bautizaron como a la ensalada de frutas, Macedonia es el sur de Serbia, el suroeste de Bulgaria o el norte de Grecia, depende de cómo se mire. O de con quien se hable. Habíamos quedado en un café turco con Andrej, un profesor universitario de rostro aniñado, cuyo cuerpo de frigorífico avanzaba con rotundidad.

—Skopje es como aquella canción de U2 *Where The Streets Have No Name* —analizó nada más conocernos. Y había dado en el clavo. Las calles del centro no tenían nombre.

El antiguo puente de piedra, Kamen Most, cruzaba el murmullo del río Vardar y enlazaba la zona musulmana del norte, turca y albanesa, con la eslava y ortodoxa del sur. Una estatua de veinte toneladas que representaba a Alejandro Magno, ¿quién si no?, sobresalía en la plaza principal, envuelta por un puñado de edificios que recordaban el decorado de una película de bajo presupuesto.

—Se gastaron muchos millones en el proyecto Skopje 2014 para darle un aspecto más monumental a la ciudad y... ya veis el resultado —comentó Andrej con ironía.

—Ese Alejandro impone lo suyo —apunté, señalando a la estatua mastodónica.

—¡Normal! Tiene veintidós metros de alto y toda la plaza gira a su alrededor —dijo Andrej, a quien le floreció una media sonrisa que suavizaba todavía más sus facciones aniñadas. También argumentó el motivo de la fiebre por rehabilitar el centro de los gobernantes

macedonios—. La creación de una identidad a partir de la figura de Alejandro Magno es una tontería. Pero el gobierno es muy nacionalista, en los Balcanes, todos lo son, y necesitaba aferrarse a algo.

En el centro de la plaza, media docena de peldaños de hormigón esparcidos al azar rememoraban el terremoto de 1963. Deduje que muy pocos debían acordarse del sismo pues, a aquella hora, todo eran jóvenes alborotados.

—Hay un restaurante que sirve unas ensaladas magníficas en la zona albanesa, ¿vamos? —propuso Andrej.

Alex frunció la nariz, pero acató la propuesta.

—¿Te costó aprender macedonio? —le pregunté a nuestro anfitrión. Era casi tan políglota como Alex.

—No mucho, se parece al serbio.

Alex intentaba descifrar la conversación que sostenía la pareja de la mesa de al lado sin perder detalle de la biografía de Andrej. Había nacido en Creta y, a los tres años, su familia se marchó a París. A los seis, se mudó a Belgrado y, más tarde, estudió en Eton. De ahí su inglés impecable.

—Soy hijo de diplomático y el Estado me pagó los estudios.

—Yo estudié en Oxford —Alex marcó territorio y entre ellos surgió una conexión de la que quedé al margen—. ¿Por qué viniste a Skopje?

—Tengo 26 años, esto es una etapa más. Mi novia vive aquí y un hombre tiene sus necesidades. Nuestra idea es irnos pronto a Nueva York. A ella le han dado una beca.

A Alex se le escapó una sonrisilla que se difuminó al bajar la vista al plato y enfrentarse con una generosa ensalada.

—La familia es importante para mí —admitió Andrej—. Mi bisabuelo huyó de Grecia con la caída de Constantino I y desde entonces estamos esparcidos por

el mundo. Por suerte, las celebraciones religiosas nos ayudan a reunirnos. Conseguimos vernos un par de veces al año.

Subimos al castillo para contemplar como Skopje había dado rienda suelta a una grandilocuente arquitectura soviética que se quedaba en cubos de hormigón proletario a medida que la vista se iba alejando del centro. La capital más fea del mundo me atrevería a decir.

—Tanta fealdad acabará con nosotros —planteó Alex.

—No la dejaremos. ¿Nos acercamos a la antigua estación? Quiero ver el reloj que se paró a la hora del terremoto.

La visita fue breve y nos quedamos sin nada mejor que hacer que deambular sin ganas, aunque nos resarcimos durante la cena con una politóloga de ojos vivos, casi punzantes, que rogó que no diésemos su nombre si escribíamos algo porque trabajaba en un conocido organismo internacional. Llevaba tres años en Skopje y criticaba a los dirigentes macedonios por haberse endeudado hasta las cejas con el Fondo Monetario Internacional.

—¿Qué queréis saber? —nos tanteó.

—Lo que no sale en los periódicos —respondí.

—La prensa opositora solo tiene voz en Internet. Macedonia es un país joven. La mayoría no conoce a sus héroes nacionales y no sabe nada que no sean clichés. El último gobierno hizo cosas tan absurdas como cambiar la Constitución para prohibir para siempre el matrimonio homosexual.

—Pues la estatua de Alejandro Magno tiene un aire... —insinuó Alex. Yo también me había dado cuenta.

—Ya... —sonrió la politóloga—. Y no os perdáis el Ptolomeo que hay delante del Parlamento. Lleva unos *boxers* muy gays. —Destensó la espalda, el cansancio no

le atenuaba aquella mirada casi punzante, y continuó—: Desde la firma de los acuerdos interétnicos se han hecho esfuerzos para respetar a las minorías. Todavía hay tensiones, pero el recuerdo de la guerra de los Balcanes es demasiado reciente. Una de las políticas de estabilidad establece dos turnos en las escuelas, uno para los macedonios y otro para los albaneses.

—¡Sí que hay albaneses! —exclamé.

—Ellos dicen que son un millón, pero no llegan a los cuatrocientos mil. Casi el treinta por ciento están aquí en Skopje, que debe de ser la ciudad fuera de Albania con más albaneses —la politóloga respiró hondo, apuró la copa y cambió de tema—. ¿Sabéis que el gobierno búlgaro da pasaportes a los macedonios que demuestran algún vínculo con Bulgaria? Es la puerta de atrás de la Unión Europea...

—¿Los problemas aquí son étnicos o religiosos? —cuestioné.

—Buena pregunta —se rascó la barbilla para ganar tiempo—. Yo diría que ambos, aunque si tuviera que escoger, apostaría por los étnicos.

Lamenté que se fuera a dormir porque madrugaba al día siguiente y se despidió con una última anécdota sobre cuán difícil sería para Macedonia levantar cabeza:

—Sudamos para convencer al gobierno del error de llamarse Alta República de Macedonia en lugar de República de la Alta Macedonia. Les costó comprender que las repúblicas no son altas o bajas. Pero todo es provisional, lo de FYROM está claro que no funciona y, tarde o temprano, Grecia tendrá que dar su brazo a torcer. La cuestión del nombre se arreglará, pero los problemas económicos son más graves.

Horas después desayunamos con el dueño del hotel decidido a impartirnos su particular clase de Historia.

—La tensión estallará en un año, ya lo veréis —sostuvo—. La mafia albanesa tiene tentáculos en medio mundo. Pero la culpa es nuestra, los eslavos somos alocados y los albaneses saben cómo sacarnos de nuestras casillas.

Para sacudirnos de encima aquella teoría de la conspiración y, sobre todo, la fealdad de Skopje, tomamos un autobús a Tetovo, la capital de los albaneses, de mayoría musulmana, aunque existe una minoría cristiana, a su vez dividida en católicos y ortodoxos. Los verdes, ocres y azules dominaban la fachada de la Mezquita Pintada, que mudaba hacia amarillentos y rojizos en la sala de oración de la que sobresalían tres balcones y una hornacina de mármol blanco orientada hacia la Meca. Creí estar en Oriente Próximo. Avanzábamos por una avenida disfrazada de bazar al aire libre cuando el cielo se tornó denso, el aire olía a lluvia, y cayó un chaparrón. Nos refugiamos en un viejo *hamam* convertido en galería de arte de mínimo interés y Alex decidió ir andando al monasterio Arabati Baba Tekke con la esperanza de encontrar a algunos bektashís, los miembros de una cofradía originaria de Turquía expulsada por la revolución laica de Kemal Atatürk a principios del siglo pasado. En aquel espacio de arquitectura otomana conocimos a un albanés de perilla cuidada y tejanos a la moda, que vivía desde hacía tres décadas en Nueva York y regentaba el mejor restaurante italiano de Queens. Algo de eso dijo, pues me distraje leyendo un folleto sobre el monasterio, que fue confiscado a los comunistas en 1945 y transformado en hotel, restaurante y discoteca. No fue hasta 1994 cuando los bektashís pudieron regresar a expensas de compartirlo con otros musulmanes más estrictos.

—Los bektashís veneramos a los doce imanes, equivalentes a los doce apóstoles —le escuché decir—. Nuestros rituales se asemejan a los cristianos. Bebemos vino,

comemos cerdo y tratamos con absoluto respeto a nuestras mujeres.

Alex estaba encantado con aquel tipo que, sin saber por qué, me producía cierta desconfianza. Si bien la corriente mística a la que pertenecía mezclaba lo mejor del sufismo con el cristianismo y el judaísmo más tolerantes, una vía que parecía razonable para quienes sentían la necesidad de creer en un ser superior. Salí a estirar las piernas dejando que el albanés de Queens presumiera de la importancia de las remesas de la diáspora para las economías macedonia y albanesa. Ahí llevaba razón, pues había tantos albaneses en Albania como en el extranjero. Me crucé con un *baba* (sacerdote) de barba blanca que parecía andar flotando antes de descubrir en la ladera del tekke una pintada de la guerrilla del UÇK, defensora de la restitución de la Gran Albania con la anexión de Kosovo y parte de Macedonia. Aunque por aquel entonces se había calmado, la guerrilla había provocado cruentos enfrentamientos en Tetovo durante el cambio de milenio.

Ya de vuelta a Skopje, cogimos un taxi para ir al barrio gitano más grande de Europa, pero la tromba de agua fue tal que las calles quedaron desiertas. Ni se nos ocurrió bajar del vehículo. De nuevo en el centro, Andrej nos llevó a un edificio barroco que las autoridades querían convertir en el primer centro comercial de la capital, otro proyecto de gusto dudoso, antes de cenar en una brasería de las afueras. Se sorprendió de que hubiésemos pasado la tarde con un bektashí y tampoco le hizo ninguna gracia que viésemos una pintada del UÇK.

—Tetovo es una ciudad sin ley y los del UÇK son terroristas financiados por Al Qaeda —afirmó—. Sobre los bektashís, creo que les pegan si no visten de forma tradicional —el desdén que se reflejaba en la comisura de sus labios era evidente—. Los albaneses tienen muchos hijos

y hay que estar preparado para el futuro.

Tras una apariencia cosmopolita, Andrej podía ser arrogante hasta la médula. Alex iba procesando sus comentarios sin despegar la vista de la carta. Y, cuando el camarero nos recomendó el chuletón, que podía ser de 200, 500 o 700 gramos, se relamió como un gato.

—Necesito proteína. ¡El de 700!



LA TORRE BLANCA

Suleimán el Magnífico la hizo construir sobre los cimientos de una torre bizantina en un extremo de la muralla marítima y la torre fue utilizada como prisión y fuerte defensivo. Otro sultán, Mahmud II, ordenó allí una matanza de prisioneros por lo que se la conoció como la Torre Sangrienta o Torre Roja hasta que se convirtió en el último vestigio de la fortificación amurallada. Tras la independencia de Grecia, pasó a formar parte del ministerio de Defensa y fue pintada de blanco como símbolo de purificación, de ahí su nombre. Luego quedó en manos del ministerio de Cultura, que la rehabilitó.

COLECCIÓN FUERA DE SÍ

*Un paseo literario por el mundo a través
de autores y viajeros de hoy.*

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

CO#4 *El camino cruel*

Un viaje por Turquía, Persia y Afganistán
con Annemarie Schwarzenbach - ELLA MAILLART

CO#5 *Del viaje como arte* *Travesías por España,
Francia, Italia y el Mediterráneo* - EDITH WHARTON

CO#6 *Crónica japonesa*

NICOLAS BOUVIER

CO#7 *En el barco de Ise*

Viaje literario por Japón - SUSO MOURELO

CO#8 *El tiempo de las mujeres*

Crónicas asiáticas - ÁNGELES ESPINOSA

CO#9 *Chuquiago. Deriva de La Paz*

MIGUEL SÁNCHEZ-OSTIZ

CO#10 *El ladrón de recuerdos*

Viaje por río a través de Colombia - MICHAEL JACOBS

CO#11 *Heridas del viento*

Crónicas armenias - VIRGINIA MENDOZA

CO#12 *La memoria de la Tierra*

Kimberley o el Far West australiano - RAFAEL MANRIQUE

CO#13 *Una huida imposible*

California y sus escritores - TONI MONTESINOS

CO#14 *El soñador errante*

De viaje con Pierre Loti - ÁLEX FRAILE

CO#15 *La otra Grecia* *Viajes a Salónica,*

Macedonia y los Balcanes del Sur - MARTA MONEDERO

ISBN: 978-84-17594-40-4
IBIC: WTL, 1DVG



Monedero relata su aventura con campechana jovialidad, pero detrás está siempre la profesional de ojo avizor.

JACINTO ANTÓN

Una travesía por esta tierra de paso donde la única hegemonía radica en permanecer un día más con vida.

MARTA MONEDERO

¿Cómo es la otra Grecia, la del norte, esa que escapa al ímpetu de las masas que recorren el sur del país y sus islas? La Historia se enmaraña en este territorio donde se solapan los trazos del legado heleno, romano, bizantino, otomano y judío. Toda esa herencia y mucho más configura la recia personalidad de la llamada *Jerusalén de los Balcanes*, Salónica, capital de la Macedonia griega, una ciudad repleta de fantasmas que aún conserva destellos de su herencia cosmopolita.

Este es también un viaje fuera de ruta a Skopje y la otra Macedonia en el corazón de los Balcanes, junto a un recorrido por la Albania de hoy y el norte de Grecia, cuyo trepidante relato lo protagonizan un puñado de sugerentes personajes, como el peculiar monje ortodoxo a quien le gusta que le muerdan la nariz. Dioses cercanos del pasado y alocadas historias actuales marcan el pulso de los griegos arraigados en esta región escondida que ha sobrevivido a imperios, civilizaciones y saqueos y que hoy encara un nuevo tiempo.

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones